

## Sabia serpiente

Era la tercera vez en el mismo mes que recibía un ramo de flores-murciélago. No estaba indignada por las flores en sí. El problema era que no concebía que hubieran llegado hasta ella sin mayor dificultad. Acercarse a la cantante —a la estrella— Vívica Philo debería ser mucho más complicado. El filtro entre ella y los mortales tenía que ser más riguroso. Cogió una, separándola de sus hermanas con cuidado de que no le mordiera, y la lanzó a la cara de Jonás, su solícito asistente.

—¡Flores negras! —le espetó, asegurándose de que el resto del séquito apreciara su impostada indignación—. ¡Como tu corazón!

Había poco que discutir al respecto. Era un regalo de pésimo gusto, de eso no cabía duda, pero por un lado Jonás no había tenido tiempo material de impedir que llegaran hasta el camerino, y por el otro ansiaba una nueva reprimenda de la Philo. Todo su interior se estremecía de placer cada vez que descargaba su furia sobre él por alguna nimiedad. Era adicto a su crueldad, aunque nunca lo admitiría. No si pretendía conservar su puesto.

Con cuidado, Jonás separó las diminutas mandíbulas de la flor-murciélago de su nariz dolorida. Sujetó el tallo entre los dedos, sin atreverse a devolverla al ramo del que había sido sustraída, pues Vívica podría tomarlo como un desafío. Alguien, inocentemente, las había puesto en agua hasta la llegada de la artista, a pesar de que aquellas flores no la necesitaban. Se alimentaban de insectos pequeños.

Vívica no se acababa de tomar en serio el asunto del *stalker*. No parecía asustada. Así lo llamaba ella, *stalker*. ¿Merodeador? ¿Acosador? «Esas palabras no me encajan bien —había dicho—. Son demasiado agresivas. Es mi *stalker*. Me gusta más la expresión en inglés. Todas las grandes estrellas tienen alguno en el curso de su carrera». En todo caso, el *stalker* era una presencia hasta el momento invisible que puntualmente irrumpía en la reducida realidad de la cantante con regalos amenazantes. He aquí una relación de los presentes:

Tres ramos de flores-murciélago.

Quinientos folios manuscritos con la sentencia: «Cortaré la cabeza de cada una de tus serpientes mientras duermes», repetida una y otra vez con una caligrafía desquiciada.

Una pócima hawaiana que se rociaba sobre el aura y espantaba al demonio. Eso decía su etiqueta. Probablemente lo atraía.

Una camisa de fuerza a la que habían cosido una etiqueta de Valerio Valbatino, el diseñador favorito de la cantante.

Una muñeca, una réplica exacta de Vívica Philo tamaño Barbie, a pesar de que jamás se había autorizado ni comercializado tal producto. La muñeca llevaba una camiseta con las palabras «completa fracasada» en letras rojas.

—¿Cómo sabemos que todo esto lo envía la misma persona? —preguntó Carolina, la representante de la discográfica que solía acompañarla en algunos desplazamientos.

—Digamos que he visto un nexo común en todos estos regalos, pero prefiero no afirmar nada hasta que no esté segura —contestó la estrella—. Si consigo confirmar mis sospechas serás la primera en saberlo.

—Pero tenemos que llamar a la policía. No podemos permitir que la situación vaya a más.

—Esperaremos un poco más. Veamos qué es lo próximo que envía.

El motivo por el que Vívica no quería revelar sus sospechas era que en los últimos días le rondaba la estafalaria idea de que Jonás estaba detrás de todo aquel asunto, pero no podía decirlo porque en aquel momento se encontraba delante de ella, limpiándose la sangre de la nariz, consecuencia del mordisco de la flor.

En la arquetípica mente de la artista gorgona el hecho de que fuera su lacayo el que intentara

desestabilizarla tenía el máximo sentido. Él siempre había estado presente en el momento en que aquellos obsequios perturbados habían llegado a sus manos. En teoría Jonás la adoraba y había estado encantado de trabajar gratis (solo recientemente había empezado a pagarle) y, a pesar de que disfrutaba señalándole sus fallos más leves con una ostentación desmesurada, era un empleado muy eficiente. Pero se había aferrado a la idea de que la odiaba en secreto como si de una botella de Frangelico se tratara.

Jonás, por su parte, y aunque también prefería callar por el momento, estaba convencido de que era ella misma quien se estaba enviando todas esas cosas.



Vívica Philo no poseía un talento desbordante ni una voz prodigiosa, pero tenía serpientes-hilo que se desprendían de su cuero cabelludo y se agitaban en el aire como si quisieran huir de su cuerpo. No había nadie que pudiera ofrecer un espectáculo comparable. Su melena estaba compuesta de diminutos reptiles que la convertían en una maraña con vida propia. Como Medusa, pero sin el amenazante añadido de convertirse en piedra, y con serpientes mucho más pequeñas.

A pesar de que había lidiado con aquella particularidad durante toda su vida y desde bien joven intuyó que podía suponer algún obstáculo en su carrera musical, Vívica entendió que lo que la hacía diferente era lo que los demás verían en ella, así que cuando

cumplió dieciséis años dejó de matarlas. Las serpientes que nacían de su cuero cabelludo tenían una esperanza de vida relativamente corta, de unos cinco años. Era entonces cuando convenía extirpar los pequeños cadáveres que caían sobre sus hombros como soldados napoleónicos en Waterloo y esperar a que naciera su sustituta.

Vívica sabía, sin embargo, que una de ellas estaba en su cabeza desde que era una niña. Tal vez era inmortal o tal vez estaba conectada con la parte más profunda de su ser. No podía identificarla, porque todas eran prácticamente iguales y al parecer el animal prefería no mostrarse ante ella, pero a veces una de las serpientes se deslizaba junto a su oreja derecha y le dictaba el camino a seguir, la decisión correcta que debía tomar.

Cuando ella miraba a su derecha para localizarla, la serpiente se retiraba con sus compañeras, haciendo gala de muy buenos reflejos. Siempre era el mismo susurro sabio y envejecido que ejercía el buen juicio y se lo revelaba. Nunca había contado nada de esto a ningún periodista. La única persona que sabía que una de las serpientes se comunicaba con ella era su madre. A veces guardamos secretos sin un motivo aparente y se convierten en parte de nuestra identidad. Tal vez sea bonito revelarlo en una futura autobiografía.

En cuanto a aspectos más prácticos, su reptílica melena rara vez se dejaba peinar y los recogidos y coletas estaban fuera de la conversación. A las serpientes no les gustaba estar atadas y cuando eso

sucedía mordisqueaban las gomas con las que pretendían sujetarlas hasta quedar de nuevo liberadas.

También había que alimentarlas con un pienso específico y dejarlas a su aire en la bañera. No les hacía demasiada gracia la ducha. Preferían flotar en el agua.

Así estaban las cosas. En todo caso, mejor las serpientes que calva.

‡

El silencio imperaba en la limusina que debía devolverla a casa, en la que solo viajaban Jonás, Carolina y ella. Todos los martes acudía al estudio de televisión donde grababan uno de esos *talent shows* que estaban tan de moda y en el que Vívica ejercía de jurado. Cuando no estaba de gira o grabando su música esto le servía para mantener y medir sus renqueantes cotas de popularidad. No le suponía mucho esfuerzo, tan solo debía seguir el guion, en el que ella tenía asignado el papel de miembro implacable y odioso.

Había sido un miembro del equipo de producción del programa quien había dejado las flores-murciélagos en su camerino, pero no por ello Jonás iba a quedarse sin una buena reprimenda. Sospechaba también de Robb Colapso, uno de los concursantes que expulsaron de forma memorable en la primera temporada del programa, pero al cabo de unos meses lo encontraron

flotando boca abajo en el cauce del río Contrario con una camiseta de Vívica Philo puesta. El río Contrario era ascendente. El agua provenía del mar y subía hacia la montaña, escapando de la lógica, por lo que todo parecía indicar que se había lanzado al mar desde el mirador Rocher y la corriente lo había arrastrado tierra adentro. Aquel asunto había supuesto un gran escándalo que no solo hizo subir la audiencia de la siguiente temporada, sino que los seguidores de la cantante gorgona en las redes sociales se quintuplicaron. En todo caso, los malévolos obsequios continuaron llegando después de la trágica desaparición de Robb.

Durante el trayecto Jonás permanecía callado, con la mirada fija en una de las serpientes, que se separaba del resto de forma desafiante y se elevaba casi hasta el techo de la limusina. El bicho parecía devolverle la atención y por un momento temió que se precipitara hacia su rostro y le atacara, como había pasado con la flor-murciélago. Era como si la serpiente le estuviera señalando. Prefirió poner las cartas sobre la mesa. Hacía meses que su seguridad se había afianzado, teniendo en cuenta que trabajaba para su idolatrada Vívica y aún le costaba dirigirse a ella para mencionarle cosas que no afectaran estrictamente a su trabajo.

—Crees que he sido yo quien te ha enviado todas esas cosas, ¿verdad? —le preguntó, intentando que su voz no delatara su repentino nerviosismo.

A Vívica le sorprendió su pregunta directa. Permaneció en silencio unos segundos, buscando las palabras adecuadas.

—No puedo negar que es una idea que me ha estado rondando últimamente. Al fin y al cabo siempre has estado presente cuando recibí los regalos. Pero confío en ti. Dudo que te atrevieras a desafiarme, ni siquiera de forma anónima.

Enmarcó su sentencia con una falsa sonrisa, para dejar claro que lo estaría vigilando.

—Pues no he sido yo.

—Si lo fueras no me lo dirías aquí ni ahora, así que esta conversación no tiene mucho sentido. Además, estoy cansada. No tengo ganas de hablar ni de escucharte. Todo el mundo se empeña hoy en vampirizar mi energía.

Jonás aceptó el deseo de silencio de su jefa. Le hubiera gustado mencionarle que una de sus serpientes parecía diferente al resto, sobre todo aquella noche, aunque era algo que venía observando desde que empezó a trabajar para ella. Optó por callarse, a pesar de que era algo que le inquietaba. Él solía ser el responsable de alimentar a los reptiles, pero cuando acercaba el pienso a sus cabezas e intentaba localizar a la que destacaba, esta parecía mimetizarse entre sus compañeras y limitarse a comer. Algún día, cuando encontrara el momento, o mejor aún, cuando ambos hubieran bebido más de la cuenta, lo dejaría caer.



Vívica pronunció entonces las últimas frases hasta que llegaron a su destino. Sonaron como una demoledora postdata:

—Y sé que tú piensas que soy yo quien se ha enviado todo. No puedo negar que sea capaz de hacer tal cosa. Pero la verdad es que yo tampoco he sido.

‡

La limusina aparcó junto a la verja que daba acceso al fortín en el que Vívica y sus serpientes se guarecían cuando estaba en la ciudad. Era una casa de estilo georgiano rodeada de un impenetrable jardín *antipaparaçziis*. El nivel de seguridad era bastante bueno y por el momento, y a pesar de la leve amenaza derivada del asunto de los obsequios perturbados, no habían pensado en aumentar los medios de protección de la cantante.

Sin embargo, algo llamó la atención de Vívica Philo en los ínfimos instantes que trascurrieron entre que descendió del vehículo y empujó la puerta para cerrarla. En la tranquila calle que rodeaba su mansión había un coche negro aparcado que no había visto antes. Con el máximo sigilo, volvió a abrir la puerta del coche para indicarle a Jonás con un gesto que la acompañara. En un principio, él debía continuar el viaje hasta su propia casa. Rara vez se quedaba a acompañar a Vívica durante la noche, aunque esta había habilitado un dormitorio para su asistente.

Pronunció unas palabras apenas imperceptibles y Jonás tuvo que hacer un serio esfuerzo para entender qué le quería decir.

—Allí hay alguien —le repitió.

Señaló con un gesto hacia el coche negro y las serpientes-hilo se estiraron en la noche, quedando completamente erectas, como si fueran palillos chinos. Esto sucedía de vez en cuando, como respuesta a una amenaza exterior, siempre que Vívica sentía miedo, una intensa inseguridad o algo la sobresaltaba. Las serpientes se ponían en guardia, dejando en evidencia algún tipo de debilidad. Era una reacción involuntaria que la artista repudiaba en particular, por lo que siempre se esforzaba por controlar hasta la extenuación ciertas reacciones reflejas. Retomó el control de sus emociones enseguida. Las serpientes volvieron a reptar sobre sus hombros.

—Acompáñame. Veamos de quién se trata —le dijo a su asistente.

Se acercaron al coche negro con el máximo sigilo y la complicidad de la noche, tras indicar al chófer que los esperara un momento. Jonás no era la persona más indicada para proteger a Vívica de una posible agresión debido a su poca envergadura. A veces le resultaba muy complicado apartar a las hordas de admiradores que se agolpaban a las puertas de los estudios. Vívica no acostumbraba a usar personal de seguridad. Solo

cuando se desplazaba a otra ciudad o estaba de gira se hacía acompañar por dos o tres guardaespaldas.

Había alguien durmiendo en el asiento del conductor. Se asomaron sin demasiados remilgos para divisar lo que había dentro del vehículo. En el suelo del asiento del copiloto había una maceta de la que brotaban al menos una decena de flores-murciélago.

Vívica y Jonás se taparon la boca para sujetar el imperio que brotó de sus gargantas.

Rápidamente dieron la vuelta hacia el lado izquierdo del coche y observaron a quien se hallaba tras el volante. Hubiera sido sensacional que lo identificaran al instante, pero ninguno de los dos había visto a aquel sujeto en su vida. Ni habían trabajado jamás con él, ni era uno de los habituales que esperaba a la salida de los conciertos.

Era un hombre de edad indefinida, entre los treinta y cuarenta años, con un cabello demasiado rubio que le caía sobre el rostro, y pese a ello nadie repararía en su presencia. La cabeza se precipitaba hacia atrás, apoyándose en el respaldo del asiento y otorgando un inusitado protagonismo a sus fosas nasales y a la desmesurada nuez que se movía en su garganta, acompañando la respiración. Parecía de la misma constitución física que Jonás, delgado y pequeño. Junto a él las flores negras bailaban y boqueaban como si todo el oxígeno del coche estuviera a punto de consumirse.

—¿Crees que está muerto? —preguntó Jonás.

—No. Se ha quedado dormido mientras hacía guardia. Patético.

—¿Qué hacemos? ¿Llamamos a la policía?

—Se me ocurre una idea mejor. Dile al chófer que puede marcharse, pero que apague las luces hasta que abandone la calle. Esta noche te quedas conmigo.

‡

La «brillante» idea de Vívica Philo para lidiar con el asunto de su *stalker* consistía en esperar agazapada en su propio coche a que el supuesto merodeador se cansara y se fuera de allí para, a continuación, seguirlo con su vehículo.

—No lo entiendo —se lamentó Jonás, sentado en el asiento del copiloto en el coche de su jefa—. ¿No tienes sueño?

—¿Es que no quieres saber quién ese ese hombre?

—Deberíamos llamar a la policía.

—¿Y qué les íbamos a decir? ¿Que hay un tipo durmiendo en su coche junto a un ramo de flores-murciélago iguales que las que he estado recibiendo en las últimas semanas? Hasta donde yo sé, regalarlas no supone ningún tipo de delito. Es una excentricidad,

pero hay incluso quien las adora. Hay un cementerio en Váster Sur donde la gente las lleva para honrar a sus difuntos. Envuelven las lápidas con ellas y las mantienen libres de insectos.

Después de que la limusina se marchara con las luces apagadas, Vívica y Jonás habían accedido a la casa de la artista por una de las puertas laterales y habían sacado el coche por el garaje trasero. En aquel momento permanecían aparcados a unos treinta metros del sujeto y esperaban acontecimientos. Las serpientes dormían y otorgaban a la melena de Philo un aspecto liso que apenas difería del de cualquier otra joven de su edad.

A pesar —o además, según para quien— del asunto de los reptiles, Vívica era una mujer de rasgos duros y atractivos, con unos ojos de un color verde brillante que pugnaban por la completa atención de todo aquel que la mirara. A Jonás no le gustaban las mujeres, pero en alguna ocasión, mientras alimentaba a los reptiles, había sentido la tentación de deslizar la mano por debajo de su batín de seda y acariciarla. Enseguida se desprendía de tal ocurrencia, que achacaba a su aún incontestable admiración, y regresaba a su sentimiento habitual de amor-odio.

Al cabo de una hora apreciaron movimiento en el interior del coche del *stalker*, que se agitó en su asiento como si una violenta pesadilla lo hubiera expulsado al mundo real de una patada. Se agazaparon en el vehículo de la cantante, rezando para que no les viese. No porque tuvieran miedo de él, una vez habían atestiguado su aspecto enclenque, sino porque el más

leve movimiento podía dar al traste con su plan de acechar al acechador. En realidad, Jonás no sabía exactamente en qué consistía EL PLAN. A Vívica se le había antojado ver qué hacía aquel personaje y no entraba entre sus posibilidades la opción de llevarle la contraria o disuadirla de algo que no terminaría bien. Seguirle la corriente era una cláusula muy clara de su contrato.

El *stalker* bajó del coche y miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca. Se colocó una gorra de visera negra que evitaría que la cámara de seguridad registrara su rostro. Volvió a introducirse en su coche y sacó de allí las flores-murciélago, despacio, para que no le mordieran. Acto seguido cruzó la calle y las depositó en el camino de tierra que daba acceso a la casa, con cuidado de que los tallos no se enredaran en los barrotes de la verja de hierro. Después regresó al coche, y, tras echar un rápido vistazo a la tranquila calle, arrancó y se largó de allí. No los vio.

Vívica Philo contó hasta tres e hizo exactamente lo mismo, aunque antes cubrió su melena animal con un *foulard* que guardaba en la guantera y se colocó las gafas de ver. No era ninguna inconsciente. Solo seguía el dictado de su serpiente más antigua. Había sido ella quien le había susurrado al oído que debían seguir al merodeador aquella noche. Las pocas veces que no la había escuchado las cosas no habían salido bien, así que ya pocas veces se arriesgaba.

‡

Condujeron durante veinte minutos por la circunvalación A-189, dejando una distancia prudencial y discreta con el objeto de su persecución. Jonás optó por no hablar hasta que su jefa le dirigiera la palabra, exactamente igual que en sus inicios como «persona de confianza», el nombre oficioso de su puesto, al que se refería siempre Vívica cuando hablaba con terceros. Así que continuó sin saber qué pretendía Philo con aquella inconsciente cacería. Una de las serpientes se escapó del *foulard* y reptó bajo su oreja. ¿Sería la misma que parecía haberlo desafiado un rato antes con los diminutos ojos negros?

Llegaron a un suburbio inhóspito en el que el tráfico, en el inicio de la madrugada, brillaba por su ausencia. Era casi la una. A Jonás le sorprendió que Vívica ejerciera tal control sobre el volante. El sigilo con el que conducía no era propio de alguien con chófer. Se detuvieron junto a un parque alrededor del cual, por suerte, había otros vehículos. Dos grupos de jóvenes permanecían a la intemperie fumando y bebiendo. El *stalker* aparcó el coche junto a una casa unifamiliar, la única que había en aquel lugar. El resto eran edificios de apartamentos de tres plantas. Abrió la verja que daba acceso a la puerta principal y entró en la casa.

—Ya sabemos dónde vive —afirmó al fin Jonás—. ¿Qué hacemos ahora?

—Esperaremos un momento aquí, en el coche.

¿Esperar a qué? ¿Había perdido el juicio Vívica? Jonás estaba acostumbrado a ciertas excentricidades pero la excursión de aquella noche no tenía justificación alguna. Estaban persiguiendo al merodeador. ¿En qué les convertía eso? A lo mejor se trataba de un torpe e inconexo intento de la cantante por mezclarse con el resto de los mortales.

Vívica, con la mirada fija en la gran pantalla de vidrio que tenía ante sí, paseó la mirada por el parque y observó a los jóvenes que reían a carcajadas hasta que uno de ellos hizo un gesto con las manos para que bajaran el volumen. En aquel momento notó cómo algunas de sus serpientes despertaban y empezaban a reptar lentamente por su cráneo. Era una sensación agradable en la que no siempre reparaba. Entonces Vívica vio algo que acaparó toda su atención.

—Mira allí —le dijo a su asistente.

Señalaba un coche que había en el lado derecho de la calzada —ellos estaban en el izquierdo, junto al parque—. En un coche blanco había alguien haciendo exactamente lo mismo que ellos, esperando y mirando hacia la casa del *stalker*. Pasados unos cinco minutos desde que este había atravesado la verja se abrió la puerta del vehículo y de su interior salió una mujer joven, vestida con ropa oscura y el cabello recogido en una coleta. Sin embargo, repitió un gesto que ya habían presenciado aquella noche. Tomó del asiento contiguo un ramo de flores negras que, de manera rápida y sigilosa, introdujo a través de la verja de la casa en la que había entrado el *stalker*. Después regresó



rápidamente al interior del vehículo, no sin antes echar un vistazo a los jóvenes que continuaban en el parque, ajenos a su inexplicable acción. Arrancó el coche.

Vívica y Jonás se miraron y en aquel momento la serpiente vieja y sabia se deslizó junto a su oído y vertió en él un susurro que solo la artista identificó.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Jonás.

—Vamos a seguir a esa mujer para ver dónde vive y después nos iremos. Si no hay nadie acechándola mañana compraré un ramo de flores-murciélago y las dejaré en la puerta de su casa.

—¿Y si alguien la espera allí y hace lo mismo?

—Entonces, querido Jonás, me temo que la noche será muy larga.